

APRENDIZAJE POSTRAUMÁTICO INDIVIDUAL Y COLECTIVO ANTE SITUACIONES DE TERRORISMO Y VIOLENCIA COLECTIVA: DATOS PARA UN DEBATE

Pau Pérez Sales, Carmelo Vázquez Valverde, Maitane Arnoso

¿Qué es el terrorismo?

El sistema de Naciones Unidas define el terrorismo como: «Cualquier acto cuyo objetivo es causar la muerte o lesiones físicas graves a civiles o a cualquier otra persona que no es parte activa en las hostilidades, en el marco de un conflicto armado, cuando el propósito de dicho acto, por su naturaleza o su contexto, es conminar al gobierno o a organizaciones internacionales a hacer o abstenerse de hacer cualquier acto¹ (Artículo 2(b) de la Convención Internacional para la Supresión de la Financiación al Terrorismo. 5 de mayo de 2004). Una definición académica clásica y sencilla de terrorismo sería «el uso calculado de la violencia o la amenaza de violencia para obtener objetivos ideológicos de tipo político o religioso a través de la intimidación, la coerción o el miedo»² (Schmid, 1977, 1983).

En este sentido el terrorismo significa la instilación de *terror* en un grupo humano a través del uso de la violencia de modo ilógico, aleatorio e indiscriminado, para lograr fines políticos. Esta aparente falta de lógica o aleatoriedad esconde una calculada intención de terror, paralización, huida o miedo.

Existen dos grandes tipos de terrorismo: a) el *Terrorismo de Estado* que busca el control de la sociedad y sus ciudadanos a través del uso real o psicológico de la intimidación y el pánico, y que constituye la forma más frecuente de terrorismo en el mundo en las pasadas décadas y aún en el momento actual, y b) el *Terrorismo extraestatal*, en el que un grupo más o menos minoritario, en su rechazo o cuestionamiento del *status quo*, utiliza la violencia, incluso sobre la población civil no beligerante, como repertorio de acción colectiva. En ambos casos el objetivo de las acciones terroristas es el logro de objetivos políticos a través del terror, el miedo y

¹ «Any act intended to cause death or serious bodily injury to a civilian, or to any other person not taking an active part in the hostilities in a situation of armed conflict, when the purpose of such act, by its nature or context, is to intimidate a population, or to compel a government or an international organization to do or to abstain from doing any act». (Article 2(b) of the *International Convention for the Suppression of the Financing of Terrorism*, May 5, 2004).

² «The calculated use of violence or the threat of violence to attain political or religious ideological goals through intimidation, coercion or instilling fear».

el pánico de la población civil (Chomsky, 2004). Escapa al objetivo de este trabajo la discusión más compleja del uso político de los términos «terrorismo» y «acción terrorista» en la geopolítica contemporánea.

Los efectos psicosociales del terrorismo en la literatura científica

Existe abundante literatura sobre los efectos psicológicos y psicosociales del terrorismo de Estado sobre la población civil desde los años ochenta (p. ej. Lira y Castillo, 1989; Martín-Baró, 1990; ODHAG, 1999) basada, sobre todo, en la descripción y análisis del trabajo individual y comunitario de grupos de psicólogos y psiquiatras en países bajo regímenes militares, muy especialmente en América Latina. Gran parte de la psicología militar desde los sesenta en adelante se ha dedicado monográficamente al análisis de las formas de implementación del control social a través de técnicas psicológicas (USA-Army, 1992, 1998).

Comparativamente se ha publicado mucha menos literatura dedicada al estudio del impacto del terrorismo extraestatal (Corrado y Tompkins, 1989), si bien existen trabajos clásicos en lugares como Palestina (Punamaki, 1996; Punamaki et al., 1997), Irlanda (Cairns y Lewis, 1999; Curran, 1988), País Vasco u otros. Los atentados del 11 de septiembre del año 2001 en Nueva York han significado un giro al añadir a esta literatura un enorme caudal de aportaciones académicas centradas en las acciones del terrorismo islamista en la cultura norteamericana en base, sobre todo, a amplios estudios epidemiológicos, algunos de ellos en población general.

Estos enfoques, en lo que respecta al estudio de las consecuencias sociales y comunitarias de terrorismo, han sido con frecuencia confusos. Deben distinguirse aquellos estudios de base sociológica que indagan sobre el imaginario social y las respuestas percibidas ante el terrorismo, de aquellos que indagan aspectos de carácter más o menos clínico (como la prevalencia de malestar emocional o síntomas de trastorno por estrés postraumático (TEPT en adelante) en grupos grandes de población (DiMaggio y Galea, 2006). Un ejemplo claro sería el de aquellos estudios de base clínica que consideran como indicador de resiliencia colectiva ante atentados terroristas la mera ausencia en los entrevistados de un diagnóstico de TEPT (Bonanno, Galea, Bucciarelli y Vlahov, 2006), lo que probablemente constituya una traslación inadecuada de conceptos de la clínica psiquiátrica al análisis psicosocial y la sociología.

Resistencia al Trauma y Crecimiento Postraumático

Aunque hay numerosos estudios sobre el efecto del terrorismo de Estado o de grupo sobre la población civil, se ha dedicado poco espacio a investigar las formas de resistencia colectiva (Brom et al., 1989), más allá de las recolecciones de testimonios de procesos colectivos de organiza-

ción y lucha. Resumir dicha literatura, fundamentalmente cualitativa, escaparía al objeto de este trabajo.

Aún más escasos y no constituidos todavía como cuerpo común de conocimiento, son los que abordan la posibilidad de existencia de *crecimiento postraumático* con perspectiva de grupo (Vázquez et al., 2008). Las situaciones traumáticas pueden suponer «cambios sísmicos» (Tedeschi y Calhoun, 1995) en los hábitos y condiciones de vida de los afectados pero, sobre todo, pueden socavar creencias profundas sobre el mundo o uno mismo que hagan tambalear todo su andamiaje vital. El concepto de crecimiento postraumático plantea que, cuando se produce ese estado de devastación moral y psicológica, a veces puede originarse un proceso (en ocasiones tormentoso y largo) cuyo resultado final sea una situación que sitúe a la gente en una posición en algunos aspectos mejor que la que tenía *antes* de la experiencia traumática (Vázquez et al., 2008). Aunque el proceso de crecimiento no es aún bien conocido, hay suficientes datos para pensar que este tipo de experiencias positivas post-trauma son más comunes que lo que hasta ahora se creía, seguramente por haber tenido una mirada excesivamente clínica y focalizada en el impacto negativo del trauma (Tedeschi y Calhoun, 1995; 2004). En las páginas siguientes se ofrecen algunos alcances a partir de los trabajos clásicos sobre impacto del terrorismo en sus múltiples formas, centrado especialmente en los siguientes aspectos relacionados con el aprendizaje post-traumático: (a) aprendizajes personales y colectivos de carácter organizativo o instrumental (b) cambios en la mirada sobre el mundo (c) cambios en valores y especialmente la capacidad para dar apoyo y arropar a las víctimas y para entender y perdonar al agresor.

1. Aprendizajes personales y colectivos

Existen numerosos testimonios de epopeyas individuales y colectivas de grupos humanos enfrentando el impacto de la violencia que incluyen descripciones de procesos de crecimiento grupal. Desde el Éxodo bíblico a la resistencia en los Guettos o las luchas populares en las sucesivas guerras de descolonización, las formas de resistencia civil y de crecimiento comunitario son, afortunadamente, una constante más que una excepción de la historia de la humanidad. «Aprendimos a protegernos del terror con el silencio, aprendimos a protegernos con la ayuda de la oración, aunque ésta no bastaba y por eso aprendimos también a protegernos haciendo frente a las cosas sin quedarnos quietos. Aprendimos a protegernos del terror tomando juntos decisiones. Y aún seguimos». Testimonio de familiar de víctima. (Coordinadora Nacional de Desplazados de Perú, 1997).

Por mostrar una gota en el mar, en El Salvador dos décadas de terrorismo de Estado siguiendo la política de *tierra arrasada* provocaron el desplazamiento y el exilio de más de 20.000 personas a los campos de

refugiados de Mesa Grande y Colomoncagua, en Honduras. Las características del desplazamiento hicieron que entre la población albergada hubiera mayoría de mujeres solas con hijos. El retorno, tras los Acuerdos de Paz en 1991, se realizó de manera colectiva, manteniéndose en la mayoría de los casos juntas en el reasentamiento las personas que se conocieron en el refugio. En un estudio retrospectivo en dos fases realizado en El Salvador con una muestra de 300 mujeres retornadas analizando elementos que podían considerarse de crecimiento postraumático (Vasquez, 2000), se observó que antes del desplazamiento sólo el 8% de mujeres participaban en directivas, ascendiendo a un 32% en el refugio y alrededor del 70% ya en la Comunidad de Retornados «Segundo Montes». Considerando retrospectivamente, se vio que en el refugio de Colomoncagua, el 55% había aprendido nuevos oficios o habilidades empujadas por la situación, el 45% había aprendido «que las mujeres somos capaces de hacer lo mismo que los hombres» y un 30% «que hay que compartir lo que se tiene por poco que sea» (ibíd., p. 116).

En Colombia, en la más extensa y exhaustiva compilación de estudios sobre población desplazada por violencia política publicada hasta la fecha (Bello, Cardinal y Arias, 2000), se concluyó que el principal efecto de crecimiento en medio del horror es la creación de una *identidad colectiva* como víctimas y como desplazados. Asumir esa identidad es asumir estar en un proceso, tener unos derechos como población desplazada y una capacidad de agencia en virtud de ese rol. El crecimiento colectivo y la asunción de este rol social se suele producir de un modo lento y probablemente de modo análogo a como se construye el crecimiento postraumático individual (Maercker y Zoellner, 2004): construyendo *narrativas alternativas* ligadas a tres grandes áreas: (1) revisión y recuperación crítica del pasado, identificando logros, carencias, conflictos, experiencias positivas y negativas (procesos grupales de memoria histórica de la violencia) (2) reconocimiento y apropiación del entorno, construyendo un nuevo análisis de lo que constituían problemas de supervivencia en narrativa y terminología de grupo (3) construcción de un proyecto colectivo compartido que comprenda responsabilidades y compromisos y que transmita la recuperación de la sensación de capacidad de control sobre la vida desde la óptica del grupo (Bello et al., 2000, pp. 124-125).

2. Cambios en la mirada sobre el mundo

Efectos inmediatos

En estudios a corto término, no parece que los atentados terroristas tengan un impacto negativo sobre la visión del mundo en población general. En al menos dos estudios en población general realizados en España

no se observaron cambios en la visión benevolente del mundo o en la confianza en los otros usando la *World Assumption Scale* (WAS; Janoff-Bulman, 1989), un instrumento para comprobar hasta qué punto se mantienen ideas básicas (ej.: confianza en el mundo y en la justicia, creencia en la bondad intrínseca de la mayoría de la gente, o mantenimiento de la propia autoestima) cuando la persona se enfrenta a experiencias traumáticas. En el primero, con una muestra de 869 personas de Madrid y Burgos (Ubillos et al., 2005), en medidas antes de los atentados del 11 de marzo de 2001 y entre tres y cuatro semanas después de los mismos, y el segundo según una muestra de 1.793 estudiantes de diferentes facultades españolas con una sub-muestra entrevistada a las 3 y 8 semanas de los atentados (Techio y Calderon-Prada, 2005). Ambos estudios coinciden en que se observa, al menos de modo transitorio, un aumento en la percepción de inseguridad o en el riesgo estimado de sufrir un atentado, pero no un cambio significativo en la visión del mundo o de los demás. Los atentados del 11-S en la ciudad de Nueva York aparentemente tampoco tuvieron un efecto negativo en la visión del mundo (ej.: ideas sobre si el mundo es un lugar seguro o si se puede o no confiar en la gente) en los habitantes de esa ciudad (Vázquez et al., 2008). Probablemente se trata de situaciones experiencialmente lejanas como para provocar cambios profundos en la visión del mundo o los demás.

En la única revisión publicada hasta la fecha sobre la posibilidad de crecimiento postraumático en períodos de guerra (Rosner y Powell, 2006) se concluyó que, a corto término, no parece haber evidencias de que éste exista. Se basaron para ello en tres estudios. En primer lugar, un estudio cualitativo con grupos focales con adolescentes refugiados en Bosnia (Jones, 1998) concluyó que buscar significado a la experiencia (uno de los elementos del crecimiento postraumático) no parece ser un elemento protector, sino un indicador de malestar emocional, de mayor reactividad a la situación política y de más sentimientos de inseguridad ante el futuro. En un segundo estudio, Powell et al. (2003) utilizaron el Post Traumatic Growth Inventory (PTGI), uno de los instrumentos más utilizados para evaluar crecimiento postraumático, en una muestra de supervivientes de Sarajevo tres años después de la liberación de la ciudad, encontrando puntuaciones medias sensiblemente inferiores a las de supervivientes de otras situaciones traumáticas no relacionadas con la guerra o la violencia política. Finalmente, en el propio estudio de Rosner utilizando el PTGI con una muestra de 74 refugiados y 75 desplazados internos bosnios no observaron correlaciones significativas entre las escalas de estresores de la guerra y las escalas que midieron cambios positivos en la mirada sobre uno mismo y el mundo. En suma, no parece haber datos que permitan hablar de que es posible aprender o sacar elementos positivos de la guerra o la violencia política desde la mirada individual.

Efectos generacionales

Desde que hace más de 40 años publicara *Death in life. Survivors of Hiroshima*, Robert Jay Lifton (1967) –uno de los miembros de los comités científicos de la APA que más presionó para que se incluyera el *Trastorno de Estrés Postraumático* en el DSM-III (APA, 1980)–, ha reflexionado y publicado de modo único y lúcido sobre el modo en que los grandes traumas colectivos de la historia han cambiado la visión social del mundo. Las primeras bombas nucleares lanzadas por Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki, o los testimonios de la *Shoah* europea, han provocado indudables cambios colectivos en la mirada social que deben interpretarse en términos positivos. Desarrolla una teoría del ser humano (humano en sentido de Humanidad) resiliente, que es capaz de aprender de los episodios de horror colectivo (Lifton, 1993). Los atentados del 11 de septiembre de 2001 serían para él otro episodio notable de este jalón de hechos, preguntándose en su último libro (Falk et al., 2006) con mirada muy dura a la actuación de su gobierno en Irak, dónde estaría en este caso la oportunidad de aprendizaje colectivo del pueblo norteamericano y si ésta pasa por provocar otro genocidio. En suma, siguiendo las ideas de Lifton habría hipotéticamente una forma de crecimiento colectivo postraumático como efecto global del terrorismo que se alcanza cuando la memoria histórica reconstruye la memoria colectiva del horror y es capaz de convertirse en un elemento rectificador o promotor de nuevos comportamientos políticos.

Maercker ha estudiado elementos de crecimiento postraumático usando la versión alemana del PTGI en una muestra de 47 supervivientes del bombardeo de Dresde durante la II Guerra Mundial, que dejó en cuatro horas más de 30.000 muertos (Maercker y Herrle, 2003; Maercker et al., 1999). Como en todos los estudios, y probablemente en contra de lo esperado si nos atenemos a la idea de autores pioneros como Tedeschi y Calhoun (2004) de que el crecimiento estaría relacionado necesariamente con vivencias traumáticas intensas, no se observa relación entre síntomas de estrés postraumático y crecimiento postraumático. Una mayoría de los supervivientes consideran que han adquirido algún aspecto positivo de la experiencia, aunque los autores sólo ofrecen datos correlacionales y no detallan los aspectos de crecimiento. Los mismos autores se cuestionan si se trata de un auténtico crecimiento o de una racionalización como forma de *coping* vital (Maercker y Zoellner, 2004).

Numerosos estudios han analizado la existencia de cambios en la mirada sobre el mundo y los *otros* en supervivientes de la *Shoah* y excede el marco de esta revisión efectuar un análisis detallado. La impresión general es que hay un balance negativo en términos de que sea posible construir una nueva narrativa significativa que incluya la posibilidad de una integración de los hechos en la trayectoria vital de la persona (Shamai

y Levin-Megged, 2006). En estos supervivientes, las cicatrices de su pasado se reflejan en problemas crónicos de regulación emocional o dificultades en el manejo de transiciones vitales (Suedfeld et al., 2005), y también en un impacto negativo en las creencias de carácter interpersonal (confianza, intimidad) (Prager y Solomon, 1995), y en tasas hasta tres veces superiores de suicidio (Brown, 2006; Roden, 1982). No obstante, algunos trabajos arrojan también elementos que podrían considerarse de crecimiento postraumático. Es especialmente interesante la tipología propuesta por Danieli (1981) y replicada en otros estudios (Hantman, Solomon y Horn, 2003) que propone tres tipos de supervivientes a largo término: la «víctima» cuyo rol en la vida gira alrededor de esta categoría, y en el que se incluirían aproximadamente el 20% de supervivientes, «el luchador» (*fighter*), con un rol de identidad positiva y activismo alrededor de los hechos y que constituiría un porcentaje similar, y lo que él denomina «aquellos que han logrado» (*those who made it*), de manera más o menos completa, encapsular el recuerdo y, de algún modo, disociarlo.

Es especialmente interesante el debate sobre si es posible dotar de significado a la experiencia del Holocausto. Mientras que Prager y Solomon usando la WAS (Janoff-Bulman, 1992) y la *Sense of Coherence Scale* (SOC) (Antonovsky, 1987) encuentran que en supervivientes habría una mayor percepción de significado en la vida (*meaningfulness*) y de control sobre la vida, otros autores (Shamai y Levin-Megged, 2006) cuestionan, una vez más, y desde el trabajo con supervivientes, si en realidad estos aprendizajes no son sino racionalizaciones e identificación con valores y mensajes socialmente deseables, expresados de modo espontáneo ante un cuestionario, pero que no se sostienen en un contraste profundo en entrevista.

3. Cambios en valores

Memoria y olvido colectivo de hechos traumáticos

Uno de los ámbitos de investigación más clásicos y sobre el que existe abundante literatura, que no podemos resumir aquí, es el de los procesos colectivos de memoria y olvido. Se observa, en general, una tendencia constante en la historia al olvido selectivo precoz de los episodios de violencia colectiva (Marques, Páez, Valencia y Vincze, 2006; Páez, Marques y Arnos, 2001).

Carnes ha realizado diversos estudios epidemiológicos sobre el impacto del terrorismo en la población general de Irlanda del Norte que muestran, en general, y en línea con los estudios en otras zonas impactadas por el terrorismo, una mínima repercusión en términos psiquiátricos sobre la población general (Cairns y Wilson, 1984). En una serie de estudios defien-

de que, en su opinión, esto se debe, después de treinta años de conflicto, a que la población de Irlanda ha desarrollado un proceso de *negación* de la violencia. Así, aplicando las subescalas de distanciamiento emocional y de búsqueda de apoyo social del *Ways of Coping Scale* de Lazarus en una muestra de población general norirlandesa, encuentra que la población que vive en las zonas con mayores tasas de violencia tiende a usar más el distanciamiento emocional como forma de afrontamiento (Cairns y Wilson, 1989). En otro estudio posterior, el mismo equipo analiza en la pequeña población de Enniskillen el recuerdo en la memoria colectiva de uno de los más graves atentados terroristas del IRA en el que una bomba mató a 11 personas e hirió a 61 (Cairns y Lewis, 1999). En esta misma población, Curran (1990) había encontrado una prevalencia de TEPT en supervivientes del atentado a los 6 y 12 meses superiores al 50%. En el estudio de Cairns, realizado ocho años después, cuando se pidió a una muestra aleatoria de 282 personas que señalaran «dos hechos históricos importantes de la historia reciente de Irlanda», menos de la mitad de la población del municipio y menos de la tercera parte de la perteneciente a un municipio distante ocho kilómetros, citaron el atentado terrorista. Fenómenos similares han sido descritos en casi todas las situaciones de guerra o violencia política.

La violencia como estado normal de las cosas:
creencias y atribuciones que no pueden romperse porque nunca existieron

Una hipótesis alternativa (y menos psicologicista) a la de la negación, sería la de la *normalización* de la violencia. En este sentido cabe recordar el caso de Colombia. El informe de la Defensoría del Pueblo del año 2000 recogía que, en aquel momento, en el país se producía un promedio de una masacre al día, alrededor de seis muertes diarias y un secuestro cada seis horas. El país tiene un saldo de decenas de miles de muertos en los últimos treinta años de insurgencia y terrorismo de Estado. La mayoría de adultos colombianos no conocen otro país que el que vive sacudido diariamente por noticias de violencia. Los medios de comunicación colombianos son, en este sentido, de una agresividad visual inusitada. No escatiman imágenes y compiten en la truculencia y carácter explícito de las mismas. Así, tras los atentados del 11 de marzo de 2001 en Madrid, los canales de televisión colombianos fueron los únicos del mundo que el mismo día del atentado y los siguientes emitieron imágenes desgarradoras y brutales con primeros planos en cámara lenta de cuerpos mutilados en sus formas más grotescas, imágenes que ni las televisiones españolas (que no actuaron bajo ningún pacto de autocensura como el que se produjo en EE. UU. con las imágenes del 11-S) se habían atrevido a emitir. Pues bien, en el mismo año 2000, el *Human Values Survey* confirma –como en

oleadas anteriores—, que Colombia tiene una de las más altas tasas mundiales de felicidad percibida (ver Tabla 1).

Tabla 1. *Bienestar subjetivo y actitudes positivas en diferentes países del mundo* (Inglehart, Basanez, Díez-Medrano, Halman y Luijckx, 2004)

	Colombia	España	Suiza	Reino Unido
La tolerancia y el respeto a las personas como un valor que debe animarse a que los niños aprendan en casa (2000)	87%	80%	59%	76%
Sentimientos de felicidad (% «muy feliz»)	47%	20%	40%	38%
Satisfacción con la vida	85%	65%	85%	73%
Confianza en la gente («Se puede confiar en la mayoría de la gente»)	11%	36%	41%	30%

Un fenómeno parecido se observa en el País Vasco respecto al impacto del terrorismo de ETA. En una amplia encuesta sociológica realizada en el año 2004 con 2.506 entrevistas (707 en el País Vasco, y 1.806 en el resto del Estado) se observan algunos datos notables (Llera y Retortillo, 2004). Mientras que el terrorismo es considerado el principal problema de España fuera de Euskadi (65.5% lo menciona), en el propio Euskadi se considera en primer lugar, el paro (57.5%), seguido del terrorismo a notable distancia (47% lo menciona y sólo el 27.9% lo hace en primer lugar). Este dato no tendría que ver con simpatías hacia la organización armada (el apoyo al terrorismo es nulo en España y del 1.6% en Euskadi, sumando el 0.3% de apoyo total y el 1.3% de apoyo crítico), sino con una cierta «normalización» de la violencia.

En esta dirección de procesos de habituación apunta la consideración de quienes serían víctimas. Mientras en España el 70.1% consideran que «todos los ciudadanos en general» son víctimas (aludiendo con ello al miedo y otros fenómenos de impacto colectivo), en Euskadi el porcentaje baja al 41.8%. En Euskadi la mayoría de la población (el 49.6%) rechaza la idea de considerarse víctima desde una óptica colectiva (Llera y Retortillo, 2004).

¿Nacionalismo y sentido de pertenencia?

Se ha postulado que el rebrote de sentimientos nacionalistas ante una agresión terrorista, ampliamente documentada en numerosos estudios

(Smith, Rasinski y Toce, 2001), pudiera considerarse una forma de crecimiento postraumático colectivo. En realidad eso supondría que existiría un fenómeno puro de cohesión intragrupo a través del rebrote nacionalista que no conlleva un rechazo al exogrupo y la aparición de sentimientos negativos que pudieran conllevar actos de violencia o justificación de los mismos hacia el grupo percibido como agresor. Como veremos más adelante, los sentimientos de alta identidad social correlacionan negativamente con sentimientos de culpa colectiva o de capacidad para perdonar al agresor, y diversos estudios muestran que están en la raíz de la justificación de nuevas agresiones: así, por ejemplo la invasión militar de Afganistán por Estados Unidos el 7 de octubre del mismo año ante la sospecha de que allí se encontraba Bin Laden (Cohrs et al., 2003) o la justificación de los recortes de derechos y libertades civiles en Estados Unidos en nombre de la «guerra contra el terror» (Cohrs, 2005). Un estudio en una muestra de 550 personas en población general norteamericana realizado a los 4 meses de los atentados, mostraba un significativo aumento de prejuicios, una menor tolerancia y un aumento de conductas de evitación hacia la población árabe en Estados Unidos, especialmente significativa en personas con alto sentimiento nacionalista (Skitka et al., 2004). Este efecto, además, tenía una relación lineal directa con el número de horas en que se había visto la televisión tras los atentados (Cardena et al., 2005).

En España, tras los atentados del 11-M, se observaron resultados contradictorios. En un estudio realizado a las pocas semanas, Techio y Calderon-Prada (2005) encuentran una escasa respuesta nacionalista y ausencia de cambios significativos en la actitud hacia la población árabe-musulmán en una amplia muestra de estudiantes universitarios; y Moya y Morales-Marente (2005) en una muestra de estudiantes de Granada encuentran sentimientos españolistas intensos pero ausencia de rechazo hacia la población árabe. Más aún, en el caso específico del País Vasco, Techio y Calderon (2005) obtienen resultados sorprendentes: tras confirmarse la autoría de Al-Quaeda se registra un aumento de la identificación de la población vasca con la población árabe, lo que los autores explican como reacción de empatía porque durante algunas horas se barajó la posibilidad de que hubiera sido ETA, lo que generó intensos sentimientos de culpa colectiva entre la población vasca, especialmente nacionalista. Frente a esto, Echebarria y Fernández (2006), en un estudio quasi-experimental con medidas antes y después de los atentados del 11-M observan en una muestra de estudiantes que éstos no sólo provocan sentimientos anti-árabes, sino aumento de actitudes autoritarias y cambios ideológicos hacia posturas reaccionarias y conservadoras.

En todo caso el aumento del sentimiento nacionalista por actos terroristas parece transitorio y profundamente dependiente del contexto. El *National Tragedy Study* (Smith et al., 2001) daba datos, poco después de

los atentados del 11-S de un ligero aumento en el sentimiento de «orgullo nacional» entre la población norteamericana blanca de clase media (y significativamente menor en otros grupos étnicos y clases sociales). Mientras que en el periodo 1996-2000 el 90.4% de los norteamericanos decía que prefería vivir en los EE. UU. que en cualquier otro lugar en el mundo, esta cifra aumentó al 97.4% pocas semanas después del 11-S y se mantuvo en el 96.7% en una encuesta similar en 2002 (Rasinski et al., 2002). En un seguimiento algo más largo (Silver y Silver, 2003) se analizó la percepción de «ser uno solo» («*oneness identification*») en una muestra de 1.397 estudiantes de California en los años 2000, 2001 y 2002. Tal y como cabía prever, se halló un aumento significativo en una escala de 1 a 7 entre el año 2000 y el 2001 (media de 4.31 y 4.66 respectivamente), para bajar en el 2002 a niveles estadísticamente inferiores incluso a los del año 2000 (media: 3.85), para lo que los autores afirman no tener ninguna explicación plausible.

En cualquier caso es interesante señalar que el orgullo sobre el país y sobre instituciones particulares no es homogéneo. Por ejemplo, en EE. UU. el orgullo nacional general apenas podía crecer pues hay efectos de techo obvios (es el país del mundo en el que existe más orgullo nacional aunque esto equivalga a ser un país con sentimientos «nacionalistas» como señala Skitka et al. (2004). Sin embargo, comparando con datos de pocos años antes, el 11-S parece que aumentó espectacularmente el orgullo hacia instituciones como el ejército (pasó del 47,1% en 1996 al 79.5% semanas después del 11S e incluso aumentó al 83.7% en 2002), la historia del país, y el funcionamiento de la democracia en el país (Vázquez et al., 2008).

4. Conductas de afrontamiento colectivo

Conductas de Altruismo y Solidaridad

Existen numerosos datos sobre las variables que determinan las conductas de voluntariado, altruismo y solidaridad. Tras situaciones críticas son bien conocidas las respuestas sociales masivas expresadas a través de intentos por realizar donaciones de sangre, ofrecimientos para dar apoyo profesional a las víctimas u otros.

En España tras los atentados del 11 de marzo, las conductas altruistas eran más altas: a) en aquellas zonas del Estado con mayor sentimiento de «nación española» (máximo en Madrid, mínimo en País Vasco); b) dentro de las zonas con alto concepto de «nación española», las geográficamente más cercanas al lugar de los atentados; c) más frecuentes en quienes asistían a manifestaciones (Conejero et al., 2004).

En un estudio sobre las manifestaciones de altruismo poco después del atentado y en seguimiento a los seis meses, medido a través de las

narrativas de respuestas personales a los atentados en un cuestionario realizado a través de Internet al que respondieron 7.238 personas en total (137 las medidas basal y de seguimiento), se observó que en la medida basal el 43% de respuestas incluían algún tipo de expresión altruista, la mayoría restringidas al ámbito de lo inmediato (ayudar a familiares 21.9%; ayudar a amigos 8.0%; ayudar a conocidos 6.6%, ayudar a extraños 19.6%; apoyar a organizaciones, 7.3%), disminuyendo al 27.7% global en el seguimiento a los seis meses (Azarow et al., 2003). Esta caída, en todas las áreas, es atribuida por los autores a la pérdida de presencia mediática de las actividades de altruismo y solidaridad ligadas al 11-S en las semanas siguientes.

Estos datos de la línea base concuerdan con los del *National Survey Study* (Schuster et al., 2001), donde se pregunta por las formas de afrontamiento ante los atentados del 11-S e incluye como opción «hacer donaciones a instituciones de ayuda u organizaciones comunitarias» (36%).

En otro estudio se analizan los datos de la www.volunteermatch.org tras el impacto de los atentados de Nueva York (Penner, 2004). Esta Web ofrece al usuario, a partir de una serie de datos personales y de su código postal, una lista de organizaciones por temas en las que pueda trabajar como voluntario. Analizando series temporales de varios años, Penner comprobó que la Web triplicó sus entradas en los días siguientes a los atentados (de algo más de 2.000 a entre 6.000 y 9.000 entradas) y este efecto se mantuvo durante alrededor de cinco semanas, volviendo posteriormente a los mismos niveles que antes de los atentados. Este efecto de incremento deletéreo era similar al descrito por estos autores ante otros hechos relevantes mediáticamente en Estados Unidos (como el anuncio de la retirada del jugador de baloncesto Magic Johnson por su condición de seropositivo o imágenes del ex Presidente Reagan con enfermedad de Alzheimer). De modo análogo a entonces, el perfil de voluntario correspondía al de personas que ya habían hecho donaciones o voluntariado antes, y con niveles elevados de educación y de ingresos. Resulta interesante que el efecto estimulador del voluntariado no se focalizaba sobre organizaciones ligadas a los atentados, sino sobre cualquier organización con la que la persona tuviera vínculo previo (p. ej. atención a minorías, educación ambiental, apoyo a colectivos de gays y lesbianas u otros...). No existen datos que indiquen que este tipo de voluntariado se sostenga en el tiempo y Penner, uno de los autores clave en el estudio del voluntariado y las conductas altruistas, y defensor del impulso a las mismas, se pregunta si en realidad este tipo de respuestas en el contexto de crisis como el 11-S, no fueron más perjudiciales que beneficiosas, porque el trabajo de voluntariado suele ser asistencialista y no dirigido a las raíces del problema, técnicamente de baja calidad, tendente a la creación de una auto-justificación moral que disminuye las acciones de presión política

que pudieran desarrollar estos voluntarios para lograr cambios evitando que las instituciones públicas comprometan presupuestos o desarrollen programas que asumieran supuestamente estas instituciones caritativas y de voluntariado y que, unas semanas después, se quedan sin voluntarios o acaban cerrando. Hasta qué punto estaríamos ante signos de crecimiento post-traumático es, nuevamente, dudoso.

Participación en actos colectivos de cohesión: manifestaciones

Las manifestaciones constituyen formas de respuesta habitual en algunas culturas ante agresiones a un grupo y pueden suponer muestras o expresiones de cohesión. En España, tras algunos de los más significados atentados de ETA o tras los atentados del 11-III-2001, ha habido manifestaciones multitudinarias que se han constituido en hitos simbólicos del imaginario colectivo por su amplitud y fuerza. Se trata de un fenómeno desconocido en otros lugares (p. ej., EE. UU. tras los atentados del 11 de Septiembre o Israel tras atentados suicidas) y que está empezando a aparecer en países árabes (p. ej., Líbano, Palestina).

La manifestación más grande ligada a un atentado terrorista en España se produjo tras el asesinato, en julio de 1997, del concejal del Partido Popular en Ermua, Miguel Ángel Blanco. Las manifestaciones, en todas las ciudades y pueblos de España, congregaron a más de seis millones de personas, es decir, aproximadamente uno de cada siete ciudadanos, marcando un antes y un después en la historia de la lucha antiterrorista en España y forzando a ETA a declarar una tregua unilateral poco después. El asesinato de Blanco reunía algunas características especiales: se secuestró a un muchacho joven, de 27 años, dando un ultimátum de 48 horas para ejecutarlo si no se trasladaba a los presos de ETA a cárceles en el interior del País Vasco. La demanda era intrínsecamente imposible de cumplir y el país entero entró en un estado de «suspensión» en el que vivió pendiente del paso de las horas, entre la certeza de la muerte y la incredulidad de que no se pudiera evitar. Sabucedo et al. (2000) analizaron, desde la psicología social, las razones de estas manifestaciones históricas de rechazo al terrorismo. Alrededor del secuestro se generó una situación de unanimidad social sin precedentes: todos los actores sociales, partidos y grupos de activistas se unieron en un rechazo unánime y una llamada a la movilización social (constituyendo lo que posteriormente se dio en denominar el *Espíritu de Ermua*), los medios de comunicación dedicaron programaciones especiales y convocaron y retransmitieron las manifestaciones, se difundieron mensajes de los familiares y perfiles biográficos que retrataban a un joven que correspondía al perfil medio de cualquier español de clase media baja (padre albañil, batería de un grupo que tocaba en fiestas populares, con novia, y sin apenas participación política). Para Sabucedo et al. (2000) se unieron estos factores, y en especial, la unanimidad de todos los medios de comunicación

manteniendo en vilo al país durante prácticamente dos días, la creencia compartida de que la participación en acciones colectivas sería útil para salvar la vida de Miguel Ángel Blanco y la noción, instaurada en el conjunto de la ciudadanía, de la urgencia, la gravedad de los hechos y la necesidad moral de actuar. Finalmente el joven fue ejecutado y el país quedó conmocionado, generando sentimientos de ira e indignación y un espíritu de identidad colectiva frente a ETA que marcó un retroceso muy importante en los ya de por sí escasos apoyos que le quedaban dentro del País Vasco. Una muestra de que, pese a que no se pudo evitar la ejecución, los millones de personas congregados en la calle en esta ocasión y en otras manifestaciones multitudinarias posteriores consiguieron, de alguna manera, multiplicar la creencia acerca de la importancia de la movilización social para acabar con la violencia: de un 49% de acuerdo con esta idea en 1987 a un 85% de apoyo en 1997 (Funes, 1998).

La participación en manifestaciones, además, cumple otra función. En un estudio tras el 11-M, Basabe et al. (2004) observaron en una muestra de 1.650 estudiantes, conocidos o familiares de éstos, que la asistencia a manifestaciones en los días siguientes a los atentados terroristas predecía en seguimientos a las tres semanas y a los dos meses una visión más positiva y benevolente de sí mismos, los demás y el mundo tras el trauma colectivo. Las manifestaciones parecen, por tanto, cumplir también una función de reajuste psicológico individual ante el horror y frente a la necesidad de actuar y ser parte de una respuesta colectiva. Pero ¿estas respuestas ante momentos críticos son respuestas consistentes y mantenidas en el tiempo? ¿Hay un apoyo sostenido a las víctimas, y éstas lo perciben como tal?

La respuesta de apoyo a las víctimas como indicador de crecimiento postraumático: complejidades según el contexto

La misma encuesta que citábamos en España (Llera y Retortillo, 2004) muestra la complejidad de la respuesta social ante las víctimas y cómo cada contexto político es distinto. En el País Vasco (y en el conjunto del Estado) el rol de las víctimas expresado a través de las asociaciones es polémico. Existen alrededor de veinte asociaciones que, probablemente porque buena parte de las víctimas eran miembros del ejército o los cuerpos de seguridad del Estado, hacen con frecuencia posicionamientos políticos claros y beligerantes, alineados con opciones políticas españolistas y de centro-derecha. Quizás por esto la citada encuesta mostraba que sólo para el 42.3% de españoles y el 39.5% de vascos una política de reparación y asistencia a las víctimas mejoraría el proceso de paz. Para el 34.5 y 34.0% contribuiría poco o nada. Es decir, habría una percepción compartida de *escepticismo* hacia el hipotético rol de las víctimas en un proceso de paz y este escepticismo es mayor entre los votantes de centroizquierda e izquierda. En general todas las instituciones del Estado central y del Gobierno Vasco suspendían en su polí-

tica de atención a las víctimas, tanto en este gobierno como en los anteriores. Pero ello no significaba mayor apoyo desde la gente. Mientras que las diferentes asociaciones de víctimas (*Basta Ya*, *Foro de Ermua*, *Asociación de Víctimas del Terrorismo* y otras) eran valoradas aceptablemente por la ciudadanía (puntuaciones para la labor de todas ellas a favor de las víctimas entre 7 y 8 en España y entre 5 y 6 en el País Vasco, siendo 1 la valoración mínima y 10 la máxima), el apoyo real y efectivo de la población a ellas es mínimo. Mirando el porcentaje de personas que participa *siempre o con frecuencia* en las convocatorias, los resultados son elocuentes: *Basta Ya*: 4.4% en España, 1.4% en Euskadi; *Gesto por la Paz*: 2,8%, 5,2%; *Foro de Ermua*: 1.9%, 1.6%, respectivamente.

Cuando se pregunta a los españoles respecto al apoyo de la sociedad a las víctimas de ETA, consideran que sólo el 19.5% de los españoles y el 6% de los vascos dan *mucho* apoyo a las víctimas; cuando se pregunta a los vascos, éstos consideran que sólo el 15.2% de los españoles y el 14.6% de los vascos dan *mucho* apoyo a las víctimas. En este sentido es relevante observar el impacto que tuvieron los atentados islamistas del 11 de marzo de 2004 sobre el apoyo a las víctimas de ETA. Mientras que para la mayoría de la sociedad española (53.7%) hubo un efecto de mayor simpatía y apoyo, esta tendencia fue inversa en el País Vasco. Para el 50.5% de la sociedad vasca no había cambiado.

Participación en organizaciones sociales que buscan la paz

Además de la participación en manifestaciones, tanto en Irlanda como en el País Vasco, las organizaciones de la sociedad civil de base popular han desempeñado un papel fundamental en la confrontación al terrorismo. En el caso del País Vasco destacan dos organizaciones: la citada *Gesto por la Paz*, con más de cien grupos locales en pueblos y ciudades del País Vasco (más cercano a las vías institucionales, que convoca desde 1986 una manifestación silenciosa de carácter simbólico cada vez que hay un atentado terrorista) y *Elkarri*, movimiento social por el diálogo y el acuerdo en Euskal Herria, más crítico, nacionalista y de izquierda, que tenía una red de más de un centenar de grupos locales (que denominaba «talleres») y que desarrollaba actividades permanentes de formación en tácticas no violentas, pacifismo y resolución de conflictos. Diversos análisis muestran cómo el trabajo continuado de estos movimientos civiles ha logrado ir poco a poco permeando un discurso anti-violento en el conjunto de la sociedad (Funes, 1998; Tejerina, 2000).

Uso de canales oficiales de participación: elecciones y terrorismo

Los atentados terroristas del 11 de marzo en Madrid, tres días antes de las elecciones generales, significaron un vuelco electoral y que la previsible

reelección de la derecha pasara a convertirse en un triunfo de la izquierda. Este hecho fue interpretado por algunos analistas políticos fuera de España como un signo de vulnerabilidad y debilidad de la población ante la amenaza terrorista. Un análisis más detallado muestra que, en realidad, fue un signo de madurez y una respuesta popular ante los hechos. Diferentes estudios (López-Saez y Martínez-Rubio, 2005) han mostrado cómo en las primeras horas tras el atentado hubo una ruptura de la confianza de la población en las versiones de los hechos que salían del gobierno y que intentaban convencer a la ciudadanía que la autoría correspondía a ETA y no a grupos islamistas. Frente a una población que intentaba hacer una construcción social de la realidad acorde con las evidencias abrumadoras que iban surgiendo, las autoridades se empeñaron en imponer una versión poco sostenible, en el intento de evitar que se asociara los atentados con la implicación de España en la guerra de Irak. Una vez más manifestaciones multitudinarias, desconocidas desde la muerte de Miguel Ángel Blanco, habían creado un clima social compartido de rechazo a la implicación de España en la guerra de Irak. El vuelco electoral fue el modo en que la sociedad plasmó ese rechazo a la Guerra y el rechazo a versiones de los hechos que no eran congruentes con las evidencias que surgían. Un estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas (Montero y Lago, 2004) mostró que un 54% de ciudadanos reafirmó su voto tras los atentados, mientras que un 22% que pensaba abstenerse, decidió ir a votar y sólo un 14% cambió el sentido de su voto como consecuencia de los atentados. Es decir, el vuelco electoral fue, ante todo, un ejercicio de movilización social.

Comparación entre atentados terroristas en Europa y EE. UU.

La respuesta, por tanto, de la sociedad ante el terrorismo, parece que puede tener que ver:

1. Con un cierto efecto de *habituación* o *normalización*. Los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid o del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York impactaron en ciudades con una cierta minimización del riesgo o creencia de invulnerabilidad (al menos ante grandes catástrofes colectivas) y el atentado, aunque no supuso un impacto en términos clínicos, probablemente supuso una cierta quiebra en la percepción de seguridad o vulnerabilidad y una corriente manifiesta de simpatía hacia las víctimas. En lugares con violencia crónica, como el País Vasco o Colombia, el impacto de los hechos parece ser mucho menor apareciendo un cierto efecto de habituación al horror. Los colombianos pueden declararse mayoritariamente felices y los ciudadanos del País Vasco preocupados, sobre todo, por el desempleo y la vivienda. Ambas, probables-

te, formas de recuperación del control de la vida cotidiana en la sociedad frente a la imposición de la violencia como único tema. Maneras de rechazar a la violencia como el referente unívoco para evitar hablar de otras de las múltiples necesidades sociales.

2. Con la propia *respuesta de las víctimas*. En este sentido, cuando las víctimas son percibidas como actores beligerantes o alineados en una posición política, elicitán una menor respuesta social de apoyo, cuando no un franco rechazo. Numerosos autores, en este sentido, han hablado del efecto retraumatizador que puede tener el aislamiento, el rechazo social o la estigmatización de las víctimas. Es obligatorio, en este sentido, citar la organización norteamericana de familiares de víctimas del 11 de septiembre *Peaceful Tomorrows* dedicada a evitar que la memoria de sus familiares sea usada con fines de justificar nuevas acciones militares y de terror y para encontrar alternativas a la guerra, y que han desarrollado actividades en Afganistán, Irak y el propio Madrid tras los atentados del 11 de marzo (Potorti y *Peaceful-Tomorrows*, 2005). Belén Pulgar, que fue durante años trabajadora social de la Asociación de Víctimas del Terrorismo y posteriormente de la Subdirección General de Asistencia a Víctimas del Terrorismo del Ministerio del Interior, lo expresa en términos contundentes (Pulgar, 2004): «La experiencia demuestra que si las asociaciones de víctimas no tienen el objetivo de hacer superar y acompañar en superar el victimismo a las víctimas, pueden llegar a ser peligrosas para las propias víctimas ya que multiplican la victimización, cierran el camino de la superación y crecimiento personal, mantienen constantemente la herida abierta, fuerzan las estructuras de participación social y sobre todo pueden hacer que las víctimas sean manipuladas (...)». Para ella hay un fenómeno por el que las víctimas sufren un *efecto pantalla* por el que se encierran en el ámbito de los familiares más cercanos y la asociación, pudiendo ser manipulada por ésta, lo que al final redundará en incompreensión y distancia desde buena parte del conjunto de la ciudadanía. Frente a esto, la transformación del dolor en activismo contra la violencia, más que en un discurso autocompasivo o fomentador de una identidad victimista (Pérez-Sales, 2006), es una posible forma de crecimiento postraumático.

5. Culpa colectiva y capacidad de perdonar al agresor como indicadores de crecimiento postraumático

Dos de las variables de más reciente introducción en la psicología social del trauma son la noción de *culpa colectiva* (que conlleva necesidad

de *reparación al agredido*) y la *capacidad de perdonar al agresor (forgiveness)*. Vamos a repasarlas brevemente, como formas más específicas de crecimiento postraumático colectivo.

Capacidad de perdonar

Se suele distinguir en psicología social entre una capacidad de perdón interpersonal (*interpersonal forgiveness*) y una capacidad de perdón entre grupos (*intergroup forgiveness*). La capacidad de perdón puede que tenga efectos importantes en el clima emocional de una sociedad y, desde luego, en sus individuos. De hecho, en los últimos años se han desarrollado intervenciones polémicas en psicoterapia en las que la promoción del perdón se ha utilizado como un eje vertebrador de las intervenciones en víctimas (Wade y Worthington, 2005).

Como es de esperar, existen datos que indican que bajo situaciones de amenaza terrorista la capacidad de perdonar de una sociedad, como rasgo colectivo, baja notablemente. En un estudio en población general adolescente realizado en Irlanda (McLernon et al., 2004) se analizaba qué variables determinaban la capacidad de perdonar. La variable mejor predictiva era la percepción de daño al grupo (*perceived degree of hurt*), por encima de la distancia física a los hechos o el tiempo transcurrido. Es decir, desde una perspectiva global, los fenómenos de cohesión grupal predominarían sobre la capacidad individual de comprensión y acercamiento.

En otro estudio posterior del mismo grupo (Hewstone et al., 2004) se confirma este dato, pero se añaden otras variables que complejizan el modelo y muestran que además del daño percibido, los mejores predictores de la capacidad de perdonar entre los católicos es la confianza en el otro grupo, mientras que para los protestantes es la confianza en el otro grupo y la capacidad de tomar distancia (es decir, ser capaz de razonar sobre el origen de la violencia y los prejuicios que ésta conlleva) y como predictor negativo la fuerte identificación con el propio grupo. Como era de prever, las víctimas directas o las personas en zonas más afectadas, tendían a confiar menos en el otro, podían tomar menos distancia y tenían más identificación con su grupo.

Culpa colectiva

Cuando una persona se siente parte de una colectividad puede experimentar emociones compartidas derivadas de las acciones del grupo. La culpa colectiva, como emoción, reflejaría los remordimientos que siente una persona cuando siente que el grupo al que pertenece ha provocado un daño ilegítimo a otro grupo y no ha reparado ese daño. Los últimos años han mostrado que en realidad se trata de un fenómeno complejo. Branscombe (2004), en una revisión sobre el tema, encuentra al menos

cinco factores que influyen en la aceptación de culpa colectiva: (a) Se produce mayor aceptación de culpa colectiva cuando el foco se pone en el rol del propio grupo en hacer el daño más que en el sufrimiento infligido a las víctimas. Las imágenes de sufrimiento no acompañadas de una explicación de las causas de las mismas no son útiles en este sentido; (b) Cuando hay percepción de que el otro grupo ha causado algún tipo de daño al propio y por tanto que se trata de una *respuesta «legítima» (moral outrage)*; (c) cuando se logra encontrar un fin (p. ej. la no existencia de culpa colectiva respecto a los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki que provocaron centenares de miles de muertos y consecuencias en las generaciones siguientes en la zona). Además, existe menor culpa colectiva cuando: (a) hay un importante sentimiento nacionalista y de identificación grupal (cohesión de grupo) y (b) cuando existe un sentimiento de orgullo nacional ante el resultado final de la agresión que el grupo realiza, p. ej., haber «logrado» ganar una guerra (Doosje et al., 2004).

La existencia de sentimientos de culpa colectiva puede considerarse una forma de reacción positiva ante hechos traumáticos. Indica un sentimiento de responsabilidad grupal del conjunto de la sociedad respecto a las víctimas. Pero no está claro que esto conlleve mayores conductas de apoyo y solidaridad (Branscombe et al., 2004). Los estudios indican que la culpa colectiva se asocia a altruismo y solidaridad cuando se percibe que existe una posibilidad sencilla y asequible de reparar. Cuando esa posibilidad es percibida como mínima o excesivamente costosa, la persona pone en marcha mecanismos de racionalización y evitación de la culpa. En el caso del 11-M, un estudio (Etxebarria et al., 2005) midió la existencia de culpa colectiva con la *Collective Guilt Acceptance Scale* de Branscombe (2004) en dos situaciones experimentales: asumiendo que la autoría del atentado era de ETA o asumiendo que era de un grupo islamista. Los autores observan tasas más altas de culpa colectiva entre estudiantes vascos cuando se formula la hipótesis de la autoría de ETA, y tasas más altas de culpa colectiva entre estudiantes no vascos cuando se formula la hipótesis de la autoría islamista (y por tanto la hipotética relación entre la participación del gobierno español en la guerra de Irak y el atentado). Esto es así en grupos con un sentimiento nacionalista moderado o alto. Cuando el sentimiento nacionalista es muy alto, predomina la función defensiva y se buscan justificaciones exculpadoras que salvan la responsabilidad de la propia «nación».

Roccas (2004) observa cómo la memoria colectiva de Israelíes y Palestinos está llena de hechos atroces, violentos y brutales cometidos *por el otro bando*, con escaso recuerdo de atrocidades cometidas por el propio, potenciándose por tanto la noción de víctima y de derecho a la legítima respuesta. La culpa colectiva puede aparecer cuando no es posible encontrar justificaciones aceptables a la violencia y atrocidades del grupo o no se logran victorias que exalten el orgullo nacional y el sentido de

misión cumplida. En un apasionante estudio, Wohl y Branscombe (2004) observan el impacto en términos de capacidad de perdonar y culpa colectiva en estudiantes judíos en Estados Unidos en dos condiciones experimentales: un grupo, antes de llenar los cuestionarios, recibe una charla respecto a la victimización judía a manos de los alemanes durante el Holocausto y el otro no. El recuerdo del Holocausto provocó un efecto estadísticamente significativo de disminución de culpa colectiva por las agresiones israelíes, de aumento de asignación de culpa a los palestinos y de marcada disminución de la disposición a perdonar a los palestinos por sus agresiones. Este efecto no se conseguía recordando a los estudiantes judíos, en otro grupo control, el genocidio del pueblo camboyano a manos de los Khmer Rojos.

6. ¿Puede aumentar el crecimiento postraumático tras un acto terrorista?

No cabe ninguna duda que gran parte de la reacción de la población vendrá mediada por la respuesta de la clase política y los medios de comunicación. Cuando éstos tiendan a profundizar los estereotipos negativos del agresor y las actitudes nacionalistas y de ensalzamiento del propio grupo, las posibilidades de crecimiento postraumático serán mucho menores. En este sentido Ben-Ari, en un estudio con datos aún preliminares, compara tres teorías de acercamiento de poblaciones enfrentadas en el caso árabe-israelí: 1) la *teoría del contacto*, que postularía que la convivencia entre los grupos disminuiría con el tiempo los prejuicios generados tras actos de terror, 2) la *teoría informativa* que postula proveer a cada grupo de información objetiva sobre el otro (es decir, sobre el día a día de la vida de una persona árabe de los territorios ocupados o una persona israelí), y 3) la *teoría metacognitiva* que postularía ir más allá y mostrar de manera activa a la población cómo se crean en el ciudadano medio los estereotipos y prejuicios y las categorías sociales sobre el otro como agresor. En datos preliminares se muestra que los programas basados en la teoría metacognitiva resultan más eficaces en lograr respuestas positivas de la población (Ben-Ari, 2004). Esto apuntaría a los mismos resultados que obtiene el grupo de Carnes en Irlanda (Hewstone et al., 2004) o los estudios con población israelí (Wohl y Branscombe, 2004). Hay una relación clara entre en el tipo de mensajes que se transmite desde las instituciones políticas, educativas y los medios de comunicación y la posibilidad de actitudes sociales de crecimiento postraumático ante agresiones terroristas, terrorismo de Estado o guerras. En la misma línea apunta un estudio transversal en población general en Kosovo (Lopes-Cardozo et al., 2003). En dos oleadas sucesivas (1999, n = 1399; 2000, n = 593) se analizan los sentimientos de la población albano-kosovar hacia los serbios, dos años después de los actos de terrorismo de Estado que sufrieron los ciudadanos

de Kosovo, observándose una importante disminución de los sentimientos de odio y venganza (88.7%-54%). Es especialmente interesante el hecho de que en 1999 el 39.5% de los entrevistados recordaban haber experimentado 8 ó más hechos traumáticos graves, mientras que en el año 2000 sólo lo hacía el 8.3% apuntando, nuevamente, a la tendencia al olvido social de hechos negativos. Paradójicamente, las cifras de TEPT medido con el *Harvard Trauma Questionnaire* habían aumentado significativamente del 17 al 25%, probablemente porque en 1999 aún se estaba bajo los efectos de la euforia del fin de la guerra y la violencia, y en el año 2000 en el realismo de la post-guerra. Los autores replicaron su estudio en Afganistán dos años después (Lopes-Cardozo et al., 2004) y encontraron sentimientos de odio y venganza en el 84% de la población general, probablemente en relación con que el conflicto bélico y las acciones terroristas iban en aumento. Como en muchos otros estudios semejantes, no se incluyeron preguntas respecto a sentimientos positivos.

Las Comisiones de la Verdad son intentos de los gobiernos y la sociedad de superar las situaciones de terrorismo de Estado a través de mecanismos que permitan conocer la realidad de los hechos, poner en marcha mecanismos de justicia y establecer programas de reparación. Las Comisiones de la Verdad buscarían, por tanto, constituirse en formas de transformación del imaginario social tras la violencia, buscando alternativas constructivas. Su auténtico rol es polémico, por cuanto la realidad es que en la inmensa mayoría de las más de cuarenta comisiones de la verdad que se han desarrollado en la última década, ha podido saberse sólo una parte de la verdad de los hechos (ausente aquella que los perpetradores no han querido revelar), la ley ha obligado a no publicar los nombres de los perpetradores y ha emitido leyes de amnistía asociadas, y por tanto muy raramente han conllevado procesos de justicia (ver revisión en De Grieff, 2006).

La Comisión de la Verdad y Reconciliación de Sudáfrica ha sido única en el sentido de que bajo la inspiración de su presidente, el arzobispo y premio nobel de la Paz, Desmond Tutú, se ofrecía a los perpetradores Perdón (*Forgiveness*) a cambio de Verdad. Esto era escenificado en audiencias públicas televisadas en directo en las que el perpetrador escuchaba a la víctima, y a su vez describía lo sucedido ante ella o sus familiares. Tras ello, el Comisionado que presidía la sesión preguntaba textualmente a la víctima: *Do you forgive the offender?* («¿Perdona usted al agresor?»).

La metáfora de la curación social y del Crecimiento colectivo Posttrauma que implicaba la CVR fue claramente expresada en palabras de Desmond Tutú cuando en una de las sesiones dijo a un hombre que acababa de describir los horrores de su tortura a manos de agentes del Estado (Wilson, 2001): *«Your pain is our pain. We were tortured, we were harassed, we suffered, we were oppressed»* («Su dolor es nuestro dolor. Todos

fuimos torturados y hostigados, todos padecimos y sufrimos opresión»). Convertía así a la víctima en mártir, en icono social, en representante del trauma colectivo. En la sesión inicial que instauraba las audiencias de la Comisión de la Verdad (CVR), Desmond Tutú había hecho la formulación completa de la metáfora del sufrimiento social y el crecimiento postraumático (Tutu, 1999): *Forgiveness will follow confession and healing will happen, and so contribute to National Unity and reconciliation* («Al perdón le sucederá la confesión y tendrá lugar una sanación que contribuirá a la Unidad Nacional y a la reconciliación»).

La realidad es que la pregunta del comisionado ante las cámaras de televisión, *Do you forgive the offender?*, resultaba tan violenta para algunas víctimas (y de manera vicaria a buena parte del país) que hubo de ser retirada a las pocas sesiones. De algún modo el tribunal imponía un perdón (tanto simbólico, como penal) en nombre de la colectividad y quería, además, que fuera la propia víctima directa la que escenificara, en nombre de esa comunidad traumatizada por el terrorismo de Estado, el perdón y el crecimiento colectivo. Aunque algunos estudios han mostrado un impacto positivo de este esquema, otros han mostrado también que la CVR de Sudáfrica tuvo un impacto negativo en algunos grupos de víctimas y efectos aún no bien evaluados sobre el «trauma social» del terrorismo de Estado en Sudáfrica (De Grieff, 2006; Scheper-Hughes y Bourgois, 2003; Wilson, 2001). El crecimiento postraumático tras terrorismo no es una obligación moral que pueda imponerse a la víctima o al conjunto de la sociedad, sino que deberá ser un proceso que podrá necesitar, en ocasiones, de generaciones. De hecho, buscar tenazmente el crecimiento puede ser tan científicamente ilusorio como moralmente rechazable. En primer lugar el crecimiento puede que se derive de vivencias traumáticas especialmente intensas (Vázquez et al., 2008) por lo que no parece que sea algo *a priori* deseable ante una situación traumática y, en segundo lugar, se corre el riesgo de en cierto modo *exigir* a las víctimas un determinado proceso canónico de rehabilitación y transformación tras el daño causado (Weiss, 2002). El crecimiento post-traumático puede ser un hecho objetivable en determinadas víctimas, pero es aún cuestionable si está ligado a una buena resolución, en todos sus aspectos, de la experiencia vivida.

Conclusiones

1. A nivel colectivo los atentados terroristas de carácter puntual no parecen cambiar de manera estable la visión que tienen los ciudadanos del mundo en que viven, al menos cuando se mide a través del impacto sobre las creencias respecto a vivir en un mundo benevolente o en la posibilidad de confiar en el ser humano. Sí

- pueden, sin embargo, afectar a la sensación de seguridad personal o la percepción de riesgo y, sin duda, afectar decisiones políticas.
2. En situaciones de terrorismo de Estado o violencia crónica el perfil puede ser el opuesto. Por una parte pueden aparecer cambios en la mirada sobre el mundo, pero por otro un cierto efecto de habituación o anestesia ante la violencia, especialmente cuando ésta tiene amplia difusión mediática y, proporcionalmente, menor impacto en la vida diaria de la gente (p. ej. en zonas urbanas en contextos donde la violencia es sobre todo rural). Esto puede hacer que, por ejemplo, en lugares como Colombia, se obtengan altas puntuaciones en felicidad percibida o que en el País Vasco el terrorismo no sea considerado como el principal problema por la mayoría de la población.
 3. Aunque tras actos de terrorismo pueden aparecer estados emocionales y actitudes positivas de distinto tipo, no existen evidencias claras de que pueda existir algo que pueda denominarse «crecimiento postraumático» a más largo plazo. No obstante, existen algunos elementos relevantes de carácter individual y colectivo que corresponderían más a formas de resistencia ante la opresión y que podrían asimilarse en cierto sentido con elementos vinculados a una suerte de «crecimiento postraumático»: aprendizajes de nuevas habilidades, cambios en la visión de uno mismo y del mundo, etc. En este sentido pueden distinguirse:
 - Efectos a corto término, expresados en forma de conductas altruistas o de solidaridad, apoyo a las víctimas, participación en ceremonias colectivas (manifestaciones, homenajes...) etc. Se trata de efectos transitorios, que duran entre uno o dos meses, y muy dependientes del contexto (especialmente de la actitud y la presión desde los medios de comunicación masiva en el apoyo a las convocatorias, las noticias con testimonios ejemplarizantes y la transmisión de mensajes que estimulan a la movilización basados en tres principios: a) hay que hacer algo [deber ético]; b) hay que hacerlo ahora [urgencia]; c) «el cambio es posible y usted es parte de él» [estructura de oportunidades percibida por la población]). Algunos de los efectos a corto término detectados pueden calificarse dudosamente de crecimiento postraumático, especialmente los referidos a aumento del sentimiento nacionalista o de aumento de identidad social (Tajfel, 1974), por su frecuente asociación con actitudes de rechazo y discriminación al grupo percibido como agresor, la tendencia a la justificación de agresiones y otros.

- Efectos a medio término expresados en forma de *sentimientos de culpa colectiva* en parte del grupo considerado agresor, lo que bajo determinadas circunstancias (reparación vista como factible o que no detrae de manera importante los recursos propios, sentimiento nacionalista poco exacerbado, etc.) puede conllevar actitudes reparadoras. Esto hay que sopesarlo con la *disminución de la capacidad de perdonar* que aparece a medio término tras los actos terroristas, ligada especialmente a la percepción de daño y a la posibilidad o no de desarrollo de sentimientos de confianza mutua hacia el otro grupo.
- Efectos a largo término: El trabajo de memoria histórica sobre la violencia, sus justificaciones y consecuencias permite la creación de una conciencia colectiva de rechazo. En este sentido los grandes genocidios del siglo XX han ido creando en buena parte de la sociedad y de la clase política mundial una conciencia de la necesidad de una justicia universal en el XXI y de la intolerabilidad de hechos considerados habituales e inevitables hace apenas unas décadas. Desde esta perspectiva, una cierta idea de progreso y perspectiva podría englobarse en un concepto más filosófico y general de crecimiento post-traumático social y la idea optimista de que las situaciones extremas históricas pueden conllevar aprendizajes positivos (Lifton, 1993).

Pero, de la misma manera, sin ese trabajo en memoria colectiva, las sociedades presentan una tendencia al desarrollo de un olvido selectivo para los hechos traumáticos colectivos, en ocasiones potenciada por una memoria selectiva de los vencedores. Y en el extremo, las memorias distorsionadas que profundizan en versiones polarizadas de la realidad, en alimentar el sentimiento de víctima del grupo propio y minimizando el daño perpetrado a otros, pueden crear identidades colectivas que justifiquen violencias futuras.

Todo ello permite concluir que existen formas de resistencia y crecimiento colectivo ante la violencia política, pero que éstos pueden también solaparse con otros elementos profundamente negativos. Aunque existen numerosas evidencias documentales de las formas organizativas colectivas, de resistencia y apoyo mutuo frente a la violencia y la destrucción, es necesario profundizar desde el punto de vista teórico en los componentes de la misma, en las condiciones que favorecen su aparición y en las que comprometen su mantenimiento, así como en los efectos negativos y el modo de contrarrestarlos. Ambas son condiciones necesarias para desarrollar una psicología social que contribuya a la solidaridad y a la resistencia de las poblaciones frente a las diferentes formas de violencia política y terrorismo.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Antonovsky, A. (1987). *Unravelling the mystery of health: How people manage stress and stay well*. San Francisco: Jossey-Bass.
- (2) Azarow, J., et al. (2003). American expressions of altruism and generativity in the aftermath of the september 11. 2001 terrorist attacks. *Psicología Política*, 27, 37-58.
- (3) Basabe N.; Paéz D.; Rimé B. (2004). Efectos y procesos psicosociales de la participación en manifestaciones después del atentado del 11 de marzo. *Ansiedad y Estrés*, 10 (2-3), 1-11.
- (4) Bello, M.; Cardinal, E.; Arias, F., eds. (2000). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (5) Ben-Ari, R. (2004). Coping with the Jewish-Arab conflict: a comparison of three models. *Journal of Social Issues*, 60 (2), 307-322.
- (6) Bonanno, G. et al. (2006). Psychological resilience after disaster: Nueva York City in the aftermath of the September 11th terrorist attack. *Psychological Science*, 17, 181-186.
- (7) Branscombe, N.; Skugoski, B.; Kappen, D. (2004). *The measurement of collective guilt*. En D. e. Branscombe (ed.), Cambridge University Press.
- (8) Brom, D., Danieli, Y.; Sills, J. (2004). *The Trauma of Terrorism: Sharing Knowledge and Shared Care*. An International Handbook: The Haworth Press.
- (9) Brown, P. (2006). Increased risk of attempted suicide among aging Holocaust survivors. *Am. J. Geriatr. Psychiatry*, 14 (4), 382ss.
- (10) Cairns, E.; Lewis, C. (1999). Collective memories, political violence and mental health in Northern Ireland. *British Journal of Psychology*, 90 (Pt 1), 25-33.
- (11) Cairns, E.; Wilson, R. (1984). The impact of political violence on mild psychiatric morbidity in northern Ireland. *British Journal of Psychiatry*, 145 (12), 631-635.
- (12) Cairns, E.; Wilson, R. (1989). Coping with political violence in Northern Ireland. *Social Science & Medicine*, 28 (6), 621-624.
- (13) Cardena, E. et al. (2005). A snapshot of terror: acute posttraumatic responses to the September 11 attack. *J. Trauma Dissociation*, 6 (2), 69-84.
- (14) Cohrs, J. (2005). Effects of right-wing authoritarianism and threat from terrorism on restriction of civil liberties. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 5 (1), 263-276.
- (15) Cohrs, J., et al. (2003). Patterns of justification of the United States»war against terrorism» in Afghanistan. *Psicología Política*, 27 (105), 117.
- (16) Conejero, S., et al. (2004). Alteración afectiva personal, atmósfera emocional y clima emocional tras los atentados del 11 de marzo. *Ansiedad y Estrés*, 10 (2-3), 1-11.
- (17) Coordinadora Nacional de Desplazados de Perú (1997). *Espejo de la Verdad. Memoria para no olvidar, lecciones para la historia*. En CONDECOREP (ed.), (pp. 168-169).
- (18) Corrado, R.; Tompkins, E. (1989). A comparative model of the psychological effects on the victims of state and anti-state terrorism. *International Journal of Law & Psychiatry*, 12 (4), 281-293.
- (19) Curran, P. (1988). Psychiatric aspects of terrorist violence: Northern Ireland 1969-1987. *British Journal of Psychiatry*, 153, 470-475.
- (20) Curran, P., et al. (1990). Psychological consequences of the Enniskillen Northern Ireland bombing. *British Journal of Psychiatry*, 479-482.
- (21) Chomsky, N. (2004). *The new war against terror: responding to 9/11*. In Scheper-Hughes, N.; Bourgois, P., eds. Nueva York: Blackwell Publishing.
- (22) Danieli, Y. (1981). The aging survivor of the holocaust. Discussion: on the achievement of integration in aging survivors of the Nazi holocaust. *J. Geriatr. Psychiatry*, 14, 191-210.
- (23) De Grieff, P., ed. (2006). *Handbook of Reparations*. Londres: Oxford University Press.

- (24) DiMaggio, C.; Galea, S. (2006). The behavioral consequences of terrorism: A meta-analysis. *Academy of Emergency Medicine*, 13, 559-566.
- (25) Doosje, B. et al. (2004). *Consequences of National Ingroup Identification for Responses to Immoral Historical Events*. En D. B. Branscombe N. R., ed., Cambridge University Press.
- (26) Echebarria-Echabe, A.; Fernández-Guede, E. (2006). Effects of terrorism on attitudes and ideological orientation. [Article]. *European Journal of Social Psychology*, 36 (2), 259-265.
- (27) Etxebarria, I.; Conejero, S.; Ramos de Oliveira, D. (2005). 11 de marzo y culpa colectiva. *Revista de Psicología Social*, 20 (3), 315-330.
- (28) Falk, R.; Gendzier, I.; Lifton, R. (2006). *Crimes of War: Iraq*. Nueva York: Nation Books.
- (29) Funes, M. (1998). Social responses to political violence in the Basque country. Peace movements and their audience. *Journal of Conflict Resolution*, 42 (4), 493-510.
- (30) Hantman, S.; Solomon, Z.; Horn, Y. (2003). Long-term coping of Holocaust survivors: a typology. *Isr. J. Psychiatry Relat. Sci.*, 40, 126-134.
- (31) Hewstone, M., et al. (2004). *Intergroup forgiveness and guilt in Northern Ireland*. En D. B. Branscombe N. R., ed., Cambridge University Press.
- (32) Inglehart, R., et al. (2004). *Human Beliefs and Values. A cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values survey*. México: Siglo XXI.
- (33) Janoff-Bulman, R. (1992). *Shattered assumptions: Towards a new psychology of trauma*. Nueva York: Free Press.
- (34) Jones, L. (1998). Adolescent groups for encamped Bosnian refugees: Some problems and solutions I. *Clinical Child Psychology & Psychiatry*, Vol. 3 (4) 1998. 541-551.
- (35) Lifton, R. (1967). *Death in Life. Survivors of Hiroshima*. Nueva York: Basic Books.
- (36) Lifton, R. (1993). *The Protean Self: Human Resilience in an Age of Fragmentation*. Nueva York: Basic Books.
- (37) Lira, E.; Castillo, M. (1989). *Psicología de la amenaza política y el miedo*. Santiago de Chile: ILAS.
- (38) Lopes-Cardozo, B., et al. (2004). Mental health, social functioning, and disability in postwar Afghanistan. *JAMA.*, 292 (5), 575-584.
- (39) Lopes-Cardozo, B., et al. (2003). Mental health, social functioning, and feelings of hatred and revenge of Kosovar Albanians one year after the war in Kosovo. *Journal of Traumatic Stress*, 16 (4), 351-360.
- (40) López-Saez, M.; Martínez-Rubio, J. (2005). ¿Influyeron los procesos de comunicación sobre los sucesos del 11-M en las votaciones del 14-M?: la percepción de los jóvenes en función de su ideología política. *Revista de Psicología Social*, 20 (3), 331-350.
- (41) Llera, F.; Retortillo, A., eds. (2004). *Los españoles y las víctimas del terrorismo. Primera encuesta nacional «percepción ciudadana sobre las víctimas del terrorismo en España»*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- (42) Maercker, A.; Herrle, J. (2003). Long-Term Effects of the Dresden Bombing: Relationships to Control Beliefs, Religious Belief, and Personal Growth. *Journal of Traumatic Stress*, 16 (6), 579-587.
- (43) Maercker, A.; Herrle, J.; Grimm, I. (1999). Dresden bombing night victims 50 years later. A study of patho- and salutogenic variables. *Zeitschrift fur Gerontopsychologie y Psychiatrie*, vol. 12, 1999. (3), 157-167.
- (44) Maercker, A.; Zoellner, T. (2004). *The Janus face of self-perceived growth: Toward a two component model of posttraumatic growth. Psychological Inquiry*, 15 (41-48).
- (45) Marques, J., et al. (2006). Effects of group membership on the transmission of negative historical events. *Psicología Política*, 32, 79-105.

- (46) Martín-Baró, I. (1990). *Psicología social de la guerra. Trauma y Terapia*. El Salvador: UCA Editores.
- (47) Martin-Beristain, C. (1989). *Afirmación y Resistencia. La comunidad como apoyo*. Barcelona: Virus.
- (48) McLernon, F., et al. (2004). The Development of Intergroup Forgiveness in Northern Ireland. *Journal of Social Issues*, 60 (3), 587-601.
- (49) Montero, J.; Lago, I. (2004). *Del 11-S al 11-M: los mecanismos del cambio electoral*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- (50) Moya, M.; Morales-Marente, E. (2005). Reacciones psico-políticas ante los ataques terroristas del 11 de marzo del 2004. *Revista de Psicología Social*, 20 (3), 315-330.
- (51) ODHAG. (1999). *Guatemala: Nunca Más*. Guatemala: ODHAG.
- (52) Páez, D.; Marques, J.; Armoso, A. (2001). Procesos grupales de memoria: memoria colectiva e identidad social.
- (53) Penner, L. (2004). Volunteerism and social problems: making things better or worse? *Journal of Social Issues*, 60 (3), 645-666.
- (54) Pérez-Sales, P. (2006). *Trauma Culpa y Duelo: hacia una Psicoterapia Integradora*. Madrid: Desclée de Brouwer.
- (55) Potorti, D.; Peaceful-Tomorrow (2005). *Mañana en paz. Transformando nuestro pesar en acciones por la paz*. Barcelona: Icaria.
- (56) Powell, S., et al. (2003). Posttraumatic growth after war: a study with former refugees and displaced people in Sarajevo. *Journal of Clinical Psychology*, 59 (1), 71-83.
- (57) Prager, E.; Solomon, Z. (1995). Perceptions of world benevolence, meaningfulness and self-worth among elderly Israeli Holocaust survivors and non-survivors. *Anxiety, Stress and Coping*, 8 (4), 265-277.
- (58) Pulgar, M. (2004). *Víctimas del terrorismo 1968-2004*. Madrid: Fundación Víctimas del Terrorismo/Dickinson.
- (59) Punamaki, R. (1996). Can ideological commitment protect children's psychological well-being in situations of political violence? *Child Dev.*, 67 (1), 55-69.
- (60) Punamaki, R.; Qouta, S.; El Sarraj, E. (1997). Models of traumatic experiences and children's psychological adjustment: the roles of perceived parenting and the children's own resources and activity. *Child Dev.*, 68 (4), 718-728.
- (61) Roccas, S.; Klar, Y.; Liviatan, I. (2004). *Exonerating cognitions, group identification and personal values as predictors of collective guilt among jewish-israelis*. In D. B. Branscombe N. R. (ed.), Cambridge University Press.
- (62) Roden, R. (1982). Suicide and holocaust survivors. *Isr. J. Psychiatry Relat. Sci.*, 19 (2), 129-135.
- (63) Rosner, R.; Powell, S. (2006). Posttraumatic growth after war. In Calhoun LG y Tedeschi RG (eds.), *Handbook of Posttraumatic Growth*. Londres: Lawrence Erlbaum Ass.
- (64) Sabucedo, J., Rodríguez, M.; López, W. (2000). Movilización social contra la violencia política: sus determinantes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 32 (2), 345-359.
- (65) Scheper-Hughes, N.; Bourgois, P. (2003). *Violence in War and Peace: an Anthology*. Londres: Basil Blackwell.
- (66) Schmid, A. (1977). The Problems of Defining Terrorism. En P. J. E. Crenshaw, ed., *Encyclopedia of World Terrorism* (Vol. 1). Nueva York: Armonk.
- (67) Schmid, A. (1983). *Political Terrorism: A Research Guide to Concepts, Theories, Data Bases and Literature*. New Brunswick: Transaction.
- (68) Schuster, M., et al. (2001). A national survey of stress reactions after the September 11, 2001, terrorist attacks. *N. Engl. J. Med.*, 345 (20), 1507-1512.
- (69) Shamai, M.; Levin-Megged, O. (2006). The myth of creating an integrative story: the therapeutic experience of Holocaust survivors. *Qual. Health Res.*, 16 (5), 692-712.
- (70) Silver, M.; Silver, L. (2003). American National identification among college students before, during and after september 2001. *Psicología Política*, 27, 59-77.

- (71) Skitka, L.; Bauman, C.; Mullen, E. (2004). Political tolerance and coming to psychological closure following the September 11, 2001, terrorist attacks: an integrative approach. *Pers. Soc. Psychol. Bull.*, 30 (6), 743-756.
- (72) Smith, T.; Rasinski, K.; Toce, M. (2001). *America rebounds: a national study of public response to the September 11th terrorist attacks*. Chicago: National Opinion Research Center.
- (73) Suedfeld, P., et al. (2005). Erikson's «components of a healthy personality» among Holocaust survivors immediately and 40 years after the war. *Int. J. Aging Hum. Dev.*, 60 (3), 229-248.
- (74) Tajfel, H. (1974). Social identity and intergroup behaviour. *Social Science Information*, 13, 65-93.
- (75) Techio, E.; Calderon-Prada, A. (2005). Relaciones intergrupales, valores, identidad social y prejuicio en España después del atentado terrorista del 11 de Marzo. *Revista de Psicología Social*, 20 (3), 277-287.
- (76) Tedeschi, R.; Calhoun, L. (1995). *Trauma and transformation: Growing in the aftermath of suffering*. Thousand Oak, CA: SAGE Publications.
- (77) Tedeschi, R.; Calhoun, L. (2004). Posttraumatic growth: Conceptual foundations and empirical evidence. *Psychological Inquiry*, 15, 1-18.
- (78) Tejerina, B. (2000). Civil society, political violence and social movements: the case of the Basque Country. *Papeles de Oñate/Oñate Papers*, 121-147.
- (79) Tutu, D. (1999). *No future without Forgiveness*. Londres: Rider Books.
- (80) Ubillos, S.; Mayordomo, S.; Basabe, N. (2005). Percepción de riesgo, reacciones emocionales y el impacto del 11-M. *Revista de Psicología Social*, 20 (3), 289-300.
- (81) USA-Army (1992). *Operations in a Low Intensity Conflict FM 7-98*. Washington: US Army.
- (82) USA-Army (1998). *Intelligence Officers's Handbook (FM 34-8-2)*. Washington: US Army.
- (83) Vasquez, N. (2000). *Las mujeres refugiadas y retornadas. Las habilidades adquiridas en el exilio y su aplicación en tiempos de paz*. El Salvador: Las Dignas.
- (84) Vázquez, C.; Castilla, C.; Hervás, G. (2008). Reacciones ante el trauma: Resistencia y crecimiento. En E. Fernández-Abascal, ed., *Las emociones positivas*. Madrid: Pirámide.
- (85) Vázquez, C.; Hervás, G.; Pérez-Sales, P. (2008). Positive effects of Terrorism and Posttraumatic Growth: An Individual and Community Perspective. En A. Linley y S. Joseph (eds.), *Trauma, Recovery, and Growth: Positive Psychological Perspectives on Posttraumatic Stress* (pp. 63-91). Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates.
- (86) Wade, N.; Worthington, E. (2005). In search of a common score: A content analysis of interventions to promote forgiveness. *Psychotherapy: Theory, Research, Practice, Training*, 42 (2), 160-177.
- (87) Weiss, T. (2002). Posttraumatic growth in women with breast cancer and their husbands: An intersubjective validation study. *Journal of Psychosocial Oncology*, 20, 65-80.
- (88) Wilson, R. (2001). *The politics of truth and reconciliation in South Africa. Legitimizing the Post-Apartheid State*. Londres: Oxford University Press.
- (89) Wohl, M.; Branscombe, N. (2004). *Importance of social categorization and forgiveness and collective guilt assignment for Holocaust*. En D. B. Branscombe, ed.: Cambridge University Press.